

## **Espacios de experiencia y narrativa historiográfica en el nacimiento del Brasil independiente**

**João Paulo G. Pimenta**  
Departamento de Historia  
Universidad de São Paulo, Brasil

Es sabido que las luchas de independencia en las Américas portuguesa y española, a comienzos del siglo XIX, fueron disputadas no solo con las armas disponibles en los campos de batalla; igualmente importantes fueron las armas que aparecían en un tiempo de profundas transformaciones en los espacios de actuación política, como por ejemplo la prensa, la opinión pública y los parlamentos. En un proceso que se remonta a las últimas décadas del siglo XVIII y atraviesa las primeras del siguiente, los espacios públicos de discusión en Iberoamérica fueron progresivamente ensanchándose, sus contenidos se fueron haciendo más densos y, en respuesta a las demandas de soluciones de futuro que el tiempo presente ofrecía, pasaron a abarcar un espectro social cada vez más amplio.

En este contexto, la información y la lectura histórica del pasado surgen dotadas de significados bastante peculiares, transformadas en verdaderas armas políticas. Teniendo presentes los conceptos de Reinhardt Koselleck de «espacios de experiencia» y «horizontes de expectativa»,<sup>735</sup>

---

<sup>735</sup> R. Koselleck: «Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas, en *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós, 1993, pp. 333-357.

no parece irrelevante constatar que, en medio de aquello que podríamos llamar «aceleración del tiempo histórico» en el mundo iberoamericano de comienzos del siglo XIX, pasado, presente y futuro se articulan de manera cada vez más indisociable, produciendo tensiones que otorgan a la visión del pasado americano el carácter de plataforma básica sobre la que se proyecta un futuro incierto, que por esa misma incertidumbre necesita ser domesticado.

Mi propuesta es ofrecer aquí unos breves apuntes para un estudio enfocado específicamente en el caso lusoamericano. Un estudio que pueda evaluar los resultados y consecuencias de la instrumentalización del pasado promovida por los hombres envueltos en las luchas políticas que culminaron con la separación de Portugal y Brasil, en 1822; instrumentalización que ampara, consecuentemente, la génesis del Estado nacional brasileño en el siglo XIX. Mi tesis es que esa instrumentalización esboza, en el ámbito de la descomposición de la unidad política del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve, y cuando todavía estaba vigente una referencia identitaria nacional portuguesa, los contornos de una narrativa histórica *brasileña*. Narrativa que pronto se asumirá como *nacional brasileña*. Dicho de otra manera, defiende que la creación de una idea de *historia de Brasil*, con rasgos específicos con relación a una *historia de Portugal*, fue uno de los motores del desarrollo y viabilización del proyecto político de la independencia.

Entiendo que esta tesis puede comenzar a ser sustentada a partir de la observación de algunos casos de esa instrumentalización del pasado en el seno de la «experiencia hispanoamericana», fenómeno que he tenido la oportunidad de desarrollar, en diversas vertientes, en otros trabajos. De ellos retomaré, con brevedad, dos puntos. El primero tiene que ver con el sustrato identitario del impacto de las independencias hispanoamericanas en el proceso de independencia de Brasil; el segundo, con la capacidad que tuvieron los conflictos en torno a la ocupación portuguesa de la Provincia Oriental —entre 1821 y 1828 llamada Cisplatina en el lado lusoamericano— de asumir rasgos de una cuestión específica de Brasil por oposición a Portugal.

En el dominio político portugués la presencia de los ejemplos históricos de la independencia de las colonias inglesas de América del Norte, de la Revolución francesa y de la colonia francesa de Santo Domingo seguía un patrón razonablemente semejante al del resto de espacios políticos occidentales, donde tales acontecimientos también habían despertado

reflexiones y movilizaciones, reacciones y, eventualmente, adhesiones. Con todo, con la invasión francesa de la península ibérica en 1807, el colapso de la metrópoli española y la fuga de la Corte portuguesa a Brasil comenzó a trazarse un «espacio de experiencia» más importante para el mundo portugués. A pesar de que ya desde el siglo xviii los dirigentes portugueses reconocieron en América la parte más esencial de su imperio, era solo ahora cuando ese reconocimiento implicaba dar una definitiva prioridad a los asuntos americanos en detrimento de los europeos. Esta actitud, demostrada por las primeras medidas tomadas desde la nueva capital a comienzos de 1808, sería mucho más contundente a partir de 1810, cuando la crisis de la monarquía española comenzó a caminar hacia la apertura de un proceso independentista.

Doce años después, a excepción de Cuba, Puerto Rico y partes del Perú, toda la América de colonización española se había independizado irremediabilmente de España. Y la América portuguesa, que en 1808 parecía dotada de una estabilidad opuesta a la española, había seguido el mismo rumbo.

En esta trayectoria, los imperios ibéricos caminaron de la mano. Todo lo que ocurría en Hispanoamérica era abordado con profusión de detalles en el mundo portugués por la prensa y otros canales de información, y acompañado con vivo interés no solo por los hombres de estado, sino también por todos aquellos que, determinados a domesticar el futuro nebuloso de la unidad política portuguesa, veían en los ejemplos históricos recientes de los vecinos advertencias y parámetros de acción.

Es significativo que, desde junio de 1809, la *Gazeta do Rio de Janeiro*, el diario oficial de la Corte portuguesa en su nueva sede, comenzase a publicar, junto a documentos y noticias, una cronología con «los acontecimientos más notables del año».<sup>736</sup> Poco después, el editor del *Correio Brasiliense*, periódico mensual producido en Londres y dedicado principalmente a asuntos de la América portuguesa, donde era leído con avidez, declaraba su intención de escribir «la historia de Brasil, desde su descubrimiento hasta la época en que para allí se mudó la corte y familia real portuguesa».<sup>737</sup> Hipólito da Costa entendía que su posición de editor de

<sup>736</sup> *Gazeta do Rio de Janeiro*, n.º 79, 14-6-1809.

<sup>737</sup> *Correio Brasiliense*, vol. xvii, 9-1816.

uno de los periódicos que formaban parte de la escena política portuguesa de la época facilitaría su tarea, ya que «esos periódicos construyen la historia del tiempo, estos hechos son después transferidos a los registros anuales y de ahí lo copian los historiadores para las historias, que serán transmitidas a la posteridad; y así se establece el buen o mal nombre de una nación».<sup>738</sup>

La formación, en Hispanoamérica, de gobiernos y asambleas locales, la promulgación de constituciones, la eclosión de guerras civiles, grandes movilizaciones militares que frecuentemente incluían a esclavos y negros libertos y, naturalmente, la definitiva separación de destinos de la metrópoli interesaban a los dominios portugueses no solamente en la condición de puro conocimiento. Imponían a los que integraban la facción americana de esos dominios acciones directas que resultaron en relaciones diplomáticas establecidas entre la Corte de Río de Janeiro y gobiernos americanos independientes no reconocidos por España, seguidas de intervenciones militares más allá de las fronteras portuguesas, y el control y la vigilancia sobre un gran número de españoles —sobre todo los americanos— que se adentraban en Brasil. Y, así, las condiciones para el ejercicio de la política en el mundo portugués fueron siendo definidas, de múltiples y variadas maneras, por la trayectoria hispanoamericana. Una trayectoria que también se hizo portuguesa.

Cuando finalmente, en 1822, Brasil se hizo independiente, la «experiencia hispanoamericana» reveló una doble cara. En primer lugar, su capacidad de ofrecer a los líderes del proyecto de independencia de Brasil el más reciente ejemplo positivo de ruptura entre colonias americanas y metrópolis europeas; un ejemplo que fue públicamente trasladado a la época con la intención de legitimar la inauguración del nuevo orden. Y en segundo lugar, una idea de «especificidad» de Brasil en el contexto americano, donde sería, según los defensores de su independencia, lo opuesto a los Estados surgidos del desmantelamiento del Imperio español: un cuerpo político que reivindicaba para sí un carácter de estabilidad y unión que, si bien poco correspondía a su verdadero aspecto, se mostraba capaz de transformarse en un poderoso argumento político.

No es posible dejar de reconocer, en este argumento, la presencia de una imagen que será consagrada por la historiografía brasileña de la segunda

<sup>738</sup> *Correio Brasiliense*, vol. 1, 9-1808

mitad del siglo XIX. Historiografía que, correctamente, suele ser tratada como una historiografía «nacionalista», cuyo objetivo era dotar a la recién formada nación brasileña de una legitimidad histórica que la afirmase en el escenario mundial de la época. Componente identitario fundamental en esta fórmula, la idea de «superioridad» de Brasil con relación a las demás naciones suramericanas fue, en realidad, gestada en el propio proceso de independencia de Brasil. Además de constatar esta génesis, ha de destacarse que en este primer momento el argumento ya surge en una narrativa historiográfica que, manejando cronología y referencias históricas precisas, atribuía esas diferencias a razones de «índole nacional», incluso cuando la nación a la que se refería todavía necesitase ser creada.

Disputas entre proyectos políticos antagónicos habían colocado, desde 1810, a la Provincia Oriental del virreinato del Río de la Plata en la intersección del fin de los imperios ibéricos en América. Invadida por tropas lusas en 1811 y ocupada definitivamente en 1817, cuando la Corte todavía se encontraba en Río de Janeiro, la Provincia Oriental se convirtió, cuatro años después, en una provincia del reino de Brasil, parte integrante del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve. En función del movimiento constitucionalista que eclosionó en la ciudad de Oporto en 1820, todas las provincias portuguesas de América ya habían formado gobiernos propios sometidos a la autoridad de las Cortes de Lisboa, a las cuales correspondería la elaboración de una Constitución que regulase los poderes del rey y tipificase la unidad de la nación portuguesa. Unidad que incluía a toda América y, por supuesto, también a la Provincia Oriental.

Sin embargo, además de enfrentar fuertes resistencias por parte del Gobierno de Buenos Aires, de España y de fuerzas políticas que actuaban dentro de la Provincia, la presencia portuguesa en la región no despertaba unanimidad ni siquiera en el mundo portugués. En el seno del propio movimiento constitucionalista de 1820 se había hecho patente un fuerte descontento, por parte de comerciantes portugueses de Europa, con relación a los gastos producidos por la Corte de Río de Janeiro con las guerras platinas y los esfuerzos para incorporar la Provincia Oriental al Reino de Brasil. Cuando, en 1821 y 1822, se reunieron en las Cortes de Lisboa representantes de provincias portuguesas de América y Europa, muchos de estos se pronunciaron violentamente a favor de la desocupación de la Provincia; la posición contraria, que tendió a agrupar a los representantes americanos, defendía la importancia de mantener la ocupación. Sus

argumentos: el territorio portugués de Brasil tenía contornos propios, definidos por la naturaleza y balizados por dos grandes ríos (al norte, el Amazonas, y al sur, el Plata); mantener la Provincia era una garantía de seguridad para ese territorio, amenazado por las incursiones de «revolucionarios republicanos» de Buenos Aires; la oposición de los representantes portugueses ignoraba los esfuerzos emprendidos desde 1810 con la ocupación, que además marchaba bien gracias a los estrechos vínculos comerciales largamente mantenidos entre la Provincia y partes de Brasil. En suma, la cuestión comenzaba a dividir y oponer intereses *de Portugal* con intereses *de Brasil*.

El argumento de la importancia de mantener la Provincia Oriental como parte de Brasil pronto fue convertido en arma política. En Lisboa fue usado para crear una división entre representantes de América y Europa que no existía cuando se abrieron las Cortes constituyentes; en América, apasionadas defensas de los intereses *de Brasil* ganaron las páginas de los periódicos y fomentaron la idea de que Portugal quería «recolonizar» América. Se creó, así, una idea política de Brasil hasta entonces inexistente y que sería fundamental para la definición de su independencia.

Paralelamente a lo que ocurrió con la idea de que la América portuguesa se diferenciaba de la española por la supuesta estabilidad de su curso político, también el argumento de la importancia de mantener la Provincia Oriental para Brasil delineó una narrativa historiográfica. De nuevo manejando cronología y referencias históricas precisas, esa narrativa elaboraba, claramente, un sentido de la historia de la región como parte de una *historia de Brasil*. Una historia que no podía confundirse con la *de Portugal*, y que sería reelaborada, con claro sentido nacional, por lo historiadores brasileños del siglo XIX.

Con estos apuntes no pretendo, evidentemente, reeditar la idea, ya debidamente destruida por la historiografía iberoamericana de un modo general, de que las independencias políticas de Iberoamérica coronaron procesos seculares evolutivos de gestación y desarrollo de nacionalidades que, en realidad, como todos sabemos de sobra, no existían.<sup>739</sup> Sin embargo,

<sup>739</sup> Entre los muchos autores que, analizando diferentes historiografías «nacionales», consolidaron tal crítica, ver: Carlos Real de Azúa: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo: Arca, 1991; José Carlos Chiaramonte: «Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, n.º 1, primer semestre, 1989; del mismo autor, «El mito de los orígenes en la historiografía

la identificación de la instrumentalización del pasado como arma política, aquí focalizada en el caso lusoamericano, parece advertir del peligro de sobreestimar el papel del Estado brasileño, creado tras la independencia, en la formación de la *nación brasileña*.<sup>740</sup> La concepción estricta de que la nación es un fenómeno políticamente moderno, cargando consigo la implicación de que es históricamente un subproducto de un tipo de Estado (moderno), consagrada en la teoría de la cuestión nacional por autores como Ernest Gellner y Eric Hobsbawm, parece dotada de escaso potencial explicativo cuando se aplica al caso brasileño. En los casos particulares aquí apuntados identifico elaboraciones de narrativas historiográficas que, concebidas como *brasileñas* en un sentido todavía incipiente, desempeñaron un papel nodal no solo en la agudización de las luchas políticas en las que estaban inmersas o en la legitimación de determinadas posiciones que, al cabo del proceso, resultarían victoriosas. Nodal también es su papel en la creación de una identidad política brasileña que, tras la independencia, se muestra suficientemente capaz de configurarse, definitivamente, como la base de una identidad nacional. Son, sin embargo, problemas que se deben explorar.

Entiendo que es necesaria también una revisión de la posición que atribuye los orígenes en Brasil de una visión orgánica y metódica del pasado —en términos del siglo XIX, diríamos *científica*— a la historiografía producida a partir de la década posterior a la independencia de 1822, directamente inspirada en saberes históricos europeos. No hay duda de que fue a partir de la reelaboración de esas influencias cuando se configuró, en el campo intelectual brasileño y con patrocinio estatal, un oficio

---

latinoamericana», en *Cuadernos del Instituto Ravignani*, 2, Buenos Aires; Pablo Buchbinder: «La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación», en *Cuadernos del CLAEH*, n.º 69, Montevideo, 2.ª serie, año 19, 1994/1; Rogério Forastieri da Silva: *Colônia e nativismo: a história como «biografia da nação»*, São Paulo: Hucitec, 1997; François-Xavier Guerra: «A nação na América espanhola: a questão das origens», en *Revista Maracanan*, año 1, n.º 1, Río de Janeiro: Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 1999-2000, pp. 9-30; y Eric Van Young: «In the Gloomy Caverns of Paganism: Popular Culture, Insurgency and National-Building in Mexico», en Christon Archer (ed.): *The Birth of Modern Mexico (1780-1824)*, Wilmington: SR Books, 2003, pp. 41-64.

<sup>740</sup> Advertencia presente en István Jancsó y João Paulo G. Pimenta: «Peças de um mosaico (ou apontamentos para o estudo da emergência da identidade nacional brasileira)», en Carlos G. Mota (org.): *Viagem incompleta: a experiência brasileira (1500-2000)*, São Paulo: Senac, 2000, pp. 132-136; e István Jancsó: «Independência, independências», en *Independência: história e historiografia*, São Paulo: Hucitec/Fapesp, 2005, pp. 17-48.

historiográfico sólido que acabaría por definir una concepción de *nación* estrechamente vinculada con una lectura del pasado. Sin embargo, no se puede ignorar que elaboraciones en este sentido ya se venían haciendo desde antes, como respuestas a demandas políticas de un tiempo que todavía no había definido sus soluciones para la crisis que desembocaría en la independencia. Narrativas que apenas esbozan una historiografía, pero que serán definitivamente asimiladas cuando las demandas del nuevo tiempo no incidan más sobre proyectos de manutención o destrucción de unidades políticas corroídas, sino sobre las formas de construcción y viabilización de nuevos Estados y nuevas naciones. Una revisión de la historia de la historiografía brasileña cuya necesidad, si es correctamente apuntalada por elementos que incluyan a Brasil en el mismo proceso de superación del Antiguo Régimen por el que pasó Hispanoamérica, tal vez nos dirija hacia la pertinencia de semejante revisión para el resto de historiografías iberoamericanas.